

...arbitrio y ardiente cuando sufre en la vida un golpe mortal como el de Julia, se opera en ellas una metamorfosis...

SEGUNDA PARTE.

Su dolor fue por algunos dias profundo y estorpeado, pero poco a poco su alma se fue habituando en sus sufrimientos...

JULIA. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aca. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNA PROFESION.

Nos vemos obligados á retroceder algunos meses, para interiorizar á nuestros lectores de lo que le habia acontecido á Julia, hasta el dia de su profesion, acaecida un mes antes de la muerte de su hermana Constanza.

La jóven, como recordarán nuestros lectores, creyó encontrar un consuelo en el claustro á su primera decepcion.

El carácter de Julia, que era el contraste de el de su hermana, habia sufrido un cambio total.

Las jóvenes de carácter frio por naturaleza, cuando llega su época de transicion, están expuestas á lanzarse al abismo como le sucedió á Constanza; y las de carácter franco, espan-

CAPILLA ALFONSO REYES

sivo, alegre y ardiente, cuando sufren en la vida un golpe moral como el de Julia, se opera en ellas una metamorfosis rara: esto le sucedió á Julia.

El día señalado para su entrada al convento, la jóven no quiso que su padre la acompañase: al salir el señor Pastrana para el ministerio, su hija lo fué á dejar hasta la escalera como tenia de costumbre, y pronunció un *hasta luego*, que era su eterno adios, porque Julia se iba resuelta á no volver á su casa.

Su dolor fué por algunos días pasivo y espontáneo, pero poco á poco su alma se fué fortaleciendo en ese mismo dolor, hasta hallar un goce inexplicable en su propia pena.

Julia era verdaderamente feliz, cuando en las altas horas de la noche concurría á coro. Las notas suaves del órgano esparcian en todo su sér una especie de fluido magnético que la arrobaba: los cánticos de las monjas que entonaban la salmódica oracion, la conmovian hasta derramar lágrima silenciosas que brotaban de lo mas íntimo de su alma.

Se retiraba á su celda pensativa, y en sueños veia á Jesus enjugando su llanto.....

Otras veces, creia ver entre el humo del incienso que se elevaba en espiral hasta la cúpula y de allí tornaba á esparcirse por las naves del templo, la imágen de Gerardo que enamorado le pedia perdón.

Julia, en el interior del claustro, se mostraba alegre y expansiva, como habia sido siempre en su casa, pero aquel exterior, era la corteza efímera que encubria un corazón atribulado.

La hija del señor Pastrana era tan simpática, su estilo era tan franco y ameno, que se habia captado el cariño de las monjas y siempre andaba la jóven de celda en celda, por

que las religiosas se disputaban su compañía. Pero Julia era infortunada; viniendo á aumentar su desgracia las amonestaciones de su confesor que era demasíadamente vulgar.

La jóven le habia revelado aquellos arrobamientos que sentia en el coro, aquella melancolía, la exquisita sensibilidad de su alma, sus lágrimas vertidas en medio de éxtasis embriagadores, y por último, sus sueños. El buen fraile, con la mejor buena fé, pero con la mas crasa ignorancia, creia combatir aquellos sentimientos, aquel dolor de una alma enamorada y sensible, con aterrorizarla diciéndole:—«¡Satanas! Satanás que pretende llevarse tu alma, es el que te pone esas tentaciones y perturba tu mente, Julia. Invoca á Dios, ora, haz penitencia, ayuna.....» Y Julia hacia lo que su confesor le mandaba, pero todo en vano, sus goces eran sus éxtasis en el coro.

Bien pronto corrió el tiempo y pasó el noviciado. Las relaciones del señor Pastrana y su excelencia el señor ministro proporcionaron la dote.

Julia, aumentada su belleza con el sello melancólico de su infortunio, vistió el traje blanco, se ciñó la corona de azahares, y salió á los tres días del último paseo, precursor de la profesion.

En esos días, Constanza tuvo cuidado de ocultar á su hijo: Julia ignoraba todo, y sólo despues de profesa pensaba su hermana contarle su infortunio, reservándose siempre el nombre de su seductor.

.....
 Era una mañana apacible del mes de Febrero: la iglesia de la Concepcion se habia engalanado con sus mejores adornos. Los sacristanes daban la última mano á los altares

laterales, profusamente iluminados: el humo del incienso poblaba el templo: el órgano dejaba oír sus místicas notas.

Una concurrencia escogida y numerosa ocupaba todos los asientos.

El señor Pastrana entró á la iglesia, y fué á colocarse junto al coro, á donde habia de solemnizarse la profesion.

Por fin, la misa principió: las voces suaves y frescas de las monjas la cantaban desde el coro. A la mitad de la misa, *fray Pablo del corazon de Maria*, subió al púlpito, y en un sentido sermón comenzó á elogiar las virtudes de la novicia y las ventajas de la vida del claustro: los circunstantes se hallaban conmovidos..... En seguida los sacerdotes se dirigieron al coro: en él estaba la comunidad formada en dos alas, alumbrando con cirios en las manos. La abadesa se acercó, llevando á Julia de la mano.

El señor Pastrana, con las lágrimas en los ojos, se sentia desfallecer.

El sacerdote que decia la misa dirigió á Julia una exhortacion patética: encomió la vida del claustro, la felicitó por el esposo que habia elegido y recibió sus votos.

Cuando Julia comenzó á decir:—«Yo, sor Julia del Corazon de Jesus, prometo y juro, etc.....» el señor Pastrana, no pudiendo resistir tantas emociones, se desmayó junto á un confesonario.....

Los demas circunstantes contemplaban á Julia conmovidos.

La hija de don Nemesio estaba bella: el vestido monjil aumentaba el brillo de sus ojos azules, en los que se adivinaba toda la tristeza de aquel resultado contrario á los deseos íntimos de su alma y aceptado únicamente por decepcion..... Sus lábios hubieran pronunciado mejor un juramento de amor eterno á un hombre, y no uno de castidad: séanos permitido

decirlo de una vez, nada de mansedumbre, nada de castidad y de pureza expresaban aquellos ojos ni aquellos lábios que se hicieron para dar besos ardientes á un esposo material.

Julia fué tendida en una losa, y la comunidad entonó con voz lúgubre la *vigilia*: Julia habia muerto para el mundo....

Cuando las campanas repicaban á vuelo, cuando la gente salia del templo y los convidados se dirigian á la *Portería*, en la cual se sirvió un refresco, un sacristan rociaba con agua el rostro de don Nemesio.

El anciano abrió los ojos.

—¿A dónde estoy? preguntó.

—En la iglesia.

—¿Y mi hija?

—¿Cuál hija?

—Julia..... la..... monja.

—¡Ah! ¿es usted su padre? Lo esperan á usted para el refresco: venga usted, venga usted, señor.

—Allá voy, dijo don Nemesio, levantándose del suelo, vaya usted á decir que allá voy.

El sacristan se alejó, y don Nemesio salió de la iglesia y se fué para su casa, con objeto de llorar libremente.

Entre tanto, en la portería, recibia Julia mil felicitaciones de los convidados: ella contestaba con sonrisas y frases cariñosas.

—¡Qué bella está! murmuraba una anciana al oído de una niña de quince años. Mira, sobrina, qué color tan hermoso ha dado la virtud á su blanco rostro: ¡ay! si lo que Dios hace solo para visto.

En efecto, las mejillas de Julia estaban coloradas, como si fuese á brotar sangre de ellas: pero no era de placer, por

el contrario, eran los síntomas de la desesperación, de la fiebre, del despecho..... En aquel momento la pobre joven se aturdira con las conversaciones, con los obsequios, con las frases cariñosas y con las copitas de vino Jerez: pero su corazón estaba oprimido, e interiormente Julia se decía:— «Amaste ¿no es verdad? Amaste con ternura y te pagaron mal..... pero el claustro sofoca los gritos impetuosos de la naturaleza: aquí se marchita la hermosura..... Ya me separa una barrera, ya no volveré á ver á ese hombre..... mas ¿qué importa! soy esposa de Jesus.»

Y estos amargos pensamientos se retrataban en el límpido azul de su mirada, y entonces las viejas fanáticas y vulgares, que juzgan tan mal del exterior, interpretaban sus miradas melancólicas por miradas de beatitud y de unción.....

—Una copita de Málaga, Lupe, decía una monja, muger como de treinta años, gorda y colorada, á una señora vestida con elegancia.

—¡Ay, madre Agustina! el vino me perjudica.

—Pero no en este día, niña, hoy nada te hará daño.

—Qué tal, ¿qué le pareció á usted, Adela, el sermón de Fray Pablo? Es mi confesor, *pico de oro* tiene su paternidad, decía otra monja á una joven que comía con aire distraído unos bizcochitos.

—Muy bien lo hace fray Pablo, contestó la interpelada.

—Si es un sábio.

—Se le conoce.

—Y un santo.

—Qué simpático es!

—¿Quisiera usted ser monja, Adela?

—No, madre, contestó la joven que se acordó de su novio en ese instante.

—Muy bien, muy bien, madre Asuncion, decía una señora con voz chillona: ¿con que va usted á estar de gorja por algunos dias?

—Sí, Amandita; tenemos *recreacion* por ocho dias, *dispensa de coro* y *pastorelas*.

—Me alegro, madre, me alegro: diviértanse un poco.

—Voy á traerle á usted dulce, reverendo padre, decía una monjita de ojos hundidos y cara macilenta á uno de los sacerdotes que habia asistido á la ceremonia.

—¿Y qué dulce, sor Dolores?

—Membrillate, que tanto le gusta á su reverencia.

—¡Cómo! ¿tiene usted membrillate?

—Y cómo que sí: y muy bueno; me dura todo el año: está blanco, blanco, parece dulce de leche.

—Este *suspiro*, chulita, decía una monja de ojos negros á una niña, presentándole un bizcochito.

—Mil gracias, contestó la mamá, ruborizándose de gratitud. Da las gracias, niña, dijo la señora.

—Y, oiga usted, madre Teresita: ¿qué, no tiene usted ahora canastitas de chaquiras?

—Se acabaron, mi alma; pero se harán: ¿cuántas quiere usted?

—Media docena.

—Pierda usted cuidado, solo que dilatarán, por.....

—Sí, sí, ya comprendo; las fiestas por la nueva monja: y, á propósito de ella, ¿qué tal?.....

—¡Oh! cosa buena, Refugito. Nuestra madre abadesa la quiere mucho: lo que es mi hermana Julia, ha caído aquí de piés..... no tarda seis meses en recibir un cargo de confianza.

—Qué gusto para ella.

—Se lo merece.

Dos horas después, los convidados abandonaban la portería, dejando á las monjas sumamente gozosas.

Julia no cabía en sí de gozo y de suprema dicha.

Como que todas las monjas leían en su rostro la..... felicidad. (?)

EL TENTADOR.

Había trascurrido un año y seis meses desde la muerte de Constanza.

El cólera había desaparecido, no sin dejar una ancha huella á su paso. Pero al fin, se había marchado dejando por mucho tiempo recuerdos dolorosos de su estancia, en las familias en que había causado pérdidas sensibles.

Los pícaros estaban de enhorabuena: había pasado el peligro: no había ya susto y por lo tanto volvían á su antigua vida.

Nuestro conocido Gerardo estaba de gorja. El viejo Nicolás se daba á dos mil diablos por la ausencia de la mortífera epidemia.

Gerardo se había salvado de una fiebre violenta que le acometió después del suceso del panteon.

GERARDO.

En la actualidad había olvidado todo: el asesinato de Arturo, la muerte de Constanza, sus temores por el cólera y su hijo. Pensaba únicamente en resarcirse de los sustos que había tenido y de su vida de *beato* y de *poltron*, como él la llamaba.

Gerardo era de un carácter alegre: la tristeza jamás la había conocido. El miedo sí, porque era cobarde, pero en cambio era tonto y rico: ¿qué mas felicidad podía apetecer?.....

Tonto y alegre, dice un refrán: jamás he oído cosa mas bien dicha y mejor probada.

Gerardo se había informado del paradero de Rosario, y supo que estaba fuera de la capital pero que debería llegar pronto; mientras, Gerardo iba todas las noches á jugar á distintas partes, y las mas se iba á algunas orgías con sus amigos.

Era una noche del mes de Julio del año á que nos referimos: Gerardo, sentado en una silla y frente á su tocador, contemplaba su rostro que era bastante simpático, con cierta complacencia.

Un peluquero le rizaba el cabello: el joven tarareaba una *aria* de una ópera. Nicolás cepillaba la ropa.

Media hora despues el peluquero concluyó su tarea; recibió su honorario y se despidió de su espléndido parroquiano.

—Dame la ropa, Nicolásito, dijo el joven.

El viejo criado presentó al señor Urrutia el pantalon, despues los botines, en seguida la camisa, despues el chaleco y por último la levita.

—¿Está el coche listo?

—Sí.

—Qué lacónico estás.

—¿Va usted á jugar, niño? preguntó Nicolás que había vuelto á tratar á su amo con cierto comedimiento desde que este volvió á su antigua vida.

—No, Nicolás: voy á un bailecito. No estés incómodo: ya te he dicho que solo jugaré cuando me haga falta el dinero; ya ves, siempre gano..... No te incomodes, viejito lindo.....

Nicolás refunfuñó algo ininteligible.

Gerardo se acabó de vestir y le dijo *adios* á Nicolás. El criado apenas contestó.

Gerardo montó en su coche, diciendo al auriga:—«San Lorenzo número **» El coche salió de la casa, y el joven se dejó caer muellemente en los almohadones del carruaje.

Cuando el señor Urrutia llegó á la casa á donde se daba el baile, tocaban polka. Gerardo entró deslumbrando á todos con su lujo.

Adela, aquella muchacha que conocimos en casa de Rosario, le salió al encuentro.

—¿Estás comprometido con alguna? preguntó la joven á Gerardo.

—No, preciosa.

—Entonces.....

—Soy tuyo esta noche.

—Qué me place.....

Gerardo y Adela, dándose un beso, se confundieron entre las demas parejas bailando polka.

El señor Urrutia pasó allí la noche.....

En la mañana que siguió á aquella noche de orgía, Gerardo estaba con ese hastío que dejan en el alma los goees materiales. La ríatiga del baile, la irritacion que trae consigo la bebida de licores fuertes y el deleite, habian hecho en Gerardo una profunda impresion.

Unas ojeras muy pronunciadas rodeaban las órbitas de sus ojos: la camisa y el vestido los tenia ajados; sentia sed y la luz del dia le lastimaba.

Gerardo abandonó la casa en que habia pasado la noche, á las cinco de la mañana.

Las campanas del convento de la Concepcion daban el toque de *alba* en el momento en que el jóven pasaba frente á la puerta de la iglesia.

Por una parte la curiosidad de ver si alguna linda jóven iba á la misa de alba, y por la otra una especie de fatalismo, impulsaron al señor Urrutia á entrar en el templo.

La iglesia estaba casi á oscuras, pues la opaca luz del crepúsculo matutino apenas alumbraba sus ámbitos. Un anciano sacerdote tenia en sus manos, bajo la forma de pan, á aquel *hombre de la Judea antiguamente crucificado*.

Gerardo se arrodilló conmovido á su pesar. Aquel silencioso y sencillo cuadro le hizo sentir una emocion extraña.

¡Qué contrastel! Mientras que él venia de apurar la copa del deleite, las monjas se acercaban al comulgatorio.

Una monja de las que iban á recibir la comunión, se separó violentamente de sus hermanas, y fué á hincarse casi frente á Gerardo.

El señor Urrutia la siguió con la vista y un calosfrio súbito invadió su cuerpo.

La monja le miraba de hito en hito, y dos lágrimas fugitivas rodaron por sus mejillas.

El jóven se sentia desfallecer tambien: habia reconocido en el acto, á pesar del vestido monjil y de la poca luz, á Julia; Julia lo habia visto primero, y todo un mundo de recuerdos y de pasion se habia agolpado en su cerebro.

Desde ese dia, Gerardo iba todas las mañanas al templo: Julia tambien estaba en el coro..... Se veian: ella lleraba, él..... la contemplaba convulso y apasionado.

En el corazon del señor Urrutia se habia operado un cambio notable. Cuando en otro tiempo enamoró á Julia, lo habia hecho por pasatiempo, por diversion; y sin embargo, Julia era tan simpática, tan amable, tenia á su disposicion tal atractivo y encantos, que Gerardo al ser despedido por ella, sintió en su corazon un dolor cruel. Su mente le decia que habia perdido quizá á la única muger que lo hubiera hecho feliz..... Pero hay algo superior á nuestra voluntad; sí, lo hay: se cierne encima de nuestras cabezas: llamadle Providencia, Destino, Fatalidad, poco importa el nombre, existe, sí, existe una fuerza superior á la nuestra..... ¡ay! ¿quién podrá ser verdaderamente feliz?.....

Julia amaba á Gerardo: ¿á qué decirlo, si harto lo han comprendido nuestros lectores? Si se hubieran unido, quizá Julia hubiera apartado al jóven del camino de la perdicion, pero no sucedió así.....

Si quieres ser amado, ama: ha dicho en su *Moral univer-*

sal el baron de Holbach. Nunca he oido sentencia mas verídica, por eso Julia amaba á Gerardo, porque él la idolatraba.

Y aquel amor imposible, sacrilego y criminal, echaba raíces profundas en el corazon de los que fueron amantes. ¿Y sabeis por qué? Porque los dividia un obstáculo, una barrera.

El corazon humano es como un niño engreido y mimado, á quien se le dice: no toques eso, y lo hace mas pronto: así es el corazon: no quiere diques ni muros, ponérselos, es obstinarlo en su resolucion.....

¡Aquí de la religion, aquí de la moralidad!

Gerardo sufrió un cambio: era tonto y se sintió iluminado de una luz extraña que irradiando en su corazon, se proyectaba en su cerebro: era avaro y se hizo caritativo: era insensible y se hizo tierno. Nunca habia llorado, á no ser de despecho, y obtuvo el don de las lágrimas: de esas lágrimas que cual suave rocío las sentimos caer en nuestro corazon.

¡Ay, el amor! no hay duda que nos transforma.

Aquellas visitas diarias al templo iban minando la existencia de Julia. En el corazon de la profesa iba tomando incremento la pasion.

Sus recuerdos eran punzantes. El hábito quemaba su cuerpo.

Un dia, Gerardo le mostró un papel á Julia: la monja le hizo una seña imperceptible de que no lo podia recibir y que esperara.

Al siguiente dia, impuesto Gerardo de que Julia era la ma

dre tornera, fué al torno con pretexto de mandar hacer un dulce. Julia le reconoció al punto y le dió un papel escrito con lápiz.

En el papel decia Julia á Gerardo que lo esperaba esa noche en un confesonario, para que hablasen.

El señor Úrrutia concurrió á la cita.

de tener, así al toro con pretexto de matar hacer un
Julia le reconoció al punto y le dio un papel escrito
con lápiz.

En el papel decía Julia á Gerardo que lo esperaba en
en un confesionario, para que hablasen.
El señor Utrilla concurrió á la cita.

Julia, recostada en una silla, estaba meditando. Tenía
en la manera de romper su clamor sin dejar huella de
su paso para no ser percibida, y para evitar una per-
secución, no por temor de caer en manos de la justicia ecle-
siástica y ser víctima de un castigo, siempre no más por
no ser separada de Gerardo, á pesar de su presencia ilicita,
estoradamente.

LA TENTACION.

—Esperad, esperad, esperad, en un momento favorable
que han de venir la noche favorablemente, ya que así las
ligera en pronunciar votos que no podéis cumplir, estáis
viviendo. ¿Qué espero aquí en este confesionario? En las
de tormentos, de angustias y de desesperación. ¿Qué espero
en un momento ya que no sé en qué hora. ¿Qué espero medir con
la vista la extensión del horizonte: quiero ser libre.

Era de noche.

El viento zumbaba lígubrementemente agitando las hojas de los
árboles en el jardín del convento. La campana del reloj ha-
bia dado con triste sonoridad las doce: las monjas habían re-
gresado del coro á sus celdas. Julia estaba en la suya deso-
lada y llorosa.

Antes de entrar á coro, Julia había bajado al confesionario.
Allí estaba Gerardo: se habían hablado, habían recordado la
época de sus amores, en la que nunca creyeron que su pasión
fuese á estrellarse ante los muros de un convento. Gerardo
se había mostrado apasionado, conmovido y profundamente
triste.

Julia, por su parte, había estado sumamente emocionada.
Al principio no podía ni hablar, después había hablado con
angustiosa pasión.

Al separarse ella de él, le había dicho esta sola palabra:
—«Espera.»

Julia, sentada en una silla, estaba meditabunda. Pensaba en la manera de romper su clausura sin dejar huella de su paso para no ser perseguida; y queria evitar una persecucion, no por temor de caer en manos de la justicia eclesiástica y ser víctima de un castigo ejemplar, no: sino por no ser separada de Gerardo, á quien presentia idolatrar eternamente.

—Esperaré, esperaré resignada una oportunidad favorable para huir, se decia la monja interiormente, ya que fuí tan ligera en pronunciar votos que no podria cumplir toda mi vida. ¿Qué espero aquí en este claustro sombrío? Una vida de tormentos, de angustia y de desesperacion..... No, seré su amante ya que no fuí su esposa..... Quiero medir con la vista la extension del horizonte: quiero ser libre..... quiero estrecharlo con locura entre mis brazos y después descender al infierno cuando muera.

No puedo soportar por más tiempo este encierro: necesito aire; aire, sí, porque aquí me asfixio de congoja.

Beber en su aliento dulce ambrosia: mirarme en sus ojos: tocar mis labios á sus labios y..... morir después.

Julia, agitada, comenzó á pasearse por la celda.

Así pasó la noche.

A las cuatro de la mañana llamaron á su puerta.

—Adelante, dijo Julia.

—Querida hermana, entró diciéndole una monja, nuestra muy respetada madre abadesa me manda que comuniqué á usted, que queda nombrada portera desde este momento, por haber fallecido sor Dolores que desempeñaba este encargo, hoy á las tres de la mañana.

—¿Qué dice usted, querida hermana?

—Lo que usted oye: nuestra hermana Dolores ha pasado al seno de Nuestro Señor.

Julia despidió á la monja fingiéndose conmovida, pero en realidad para que no sorprendiera su júbilo. Julia habia creído encontrar lo que buscaba: una oportunidad.

—¡Dios miol exclamó Julia cayendo de rodillas, ¡Dios miol aunque parezca un absurdo yo te invoco; rompe el lazo de mis prisiones; tú bien sabes que los juramentos que hice fueron en un momento de dolor, creyendo que todo habia concluido para mí en el mundo.....

Julia se levantó mas tranquila: procuró dar á su fisonomía el sello que requerian las circunstancias, y se dirigió á ver á la abadesa para darle las gracias por el cargo con que la habia henrado.

La abadesa la recibió con bondad, le entregó todas las llaves y la despidió en seguida.

Sor Julia, con pretexto de interiorizarse á fondo y llenar cumplidamente sus nuevos deberes, recorrió todo el convento, registrando las cerraduras de las puertas: esto tenia por objeto madurar el plan que ya germinaba en su cerebro.